

## **Totalidad y coyuntura: *El Capital* de Marx revisitado.**

### **Una aproximación a partir de Louis Althusser**

#### ***Totality and Conjuncture: Marx's Capital Revisited. An Approach from Louis Althusser***

“Recibido el 16 de octubre de 2018, aceptado el 1 de marzo de 2019”

Jaime Ortega Reyna\*

#### **Resumen**

En el presente texto se señalan algunas de las principales derivas dejadas por la “crisis del marxismo” y la “crisis del socialismo”, particularmente la bancarrota del “marxismo-fordista” como expresión de una ideología del progreso. Atendiendo a estos señalamientos críticos, se busca emplazar los efectos teóricos y políticos de la “filosofía de la historia” legados en el marxismo del siglo XX. Asimismo, apoyándose en los aportes de Althusser para restablecer el problema teórico y político de la lectura de *El Capital*. De manera sucinta se traza una breve propuesta de lectura del texto de Marx.

---

\* Licenciado en Ciencia Política por la Universidad Autónoma Metropolitana de México, Unidad Iztapalapa. Es maestro y doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es profesor-investigador del Departamento de Política y Cultura de la División de Ciencias Sociales y Humanidades en la Unidad Xochimilco. Correo: jortega@correo.xoc.uam.mx

**Palabras clave:** Marx, marxismo, lógica, coyuntura.

### Abstract

In the present text some of the main drifts are pointed out after the “crisis of Marxism” and the “crisis of socialism”, emphasis is placed on the collapse of “Fordist-Marxism” and its idea of progress. Attending to these critical points, it seeks to locate the theoretical and political consequences of the “philosophy of history” embodied in the Marxism of the twentieth century. Likewise, relying on the contributions of Althusser, it seeks to reestablish the theoretical and political problem of reading Marx *Capital*. A brief proposal of reading the text of Marx is drawn.

**Keywords:** Marx, marxism, logic, joint.

### Introducción

El temor sagrado de un atentado a la integridad de Marx inspirará el reflejo de una resuelta toma de responsabilidad de Marx por entero: se declarará que Marx es un todo, que “el joven Marx pertenece al marxismo”, como si se corriera el riesgo de perder a Marx por entero, abandonando, como él, su juventud a la historia.

*Louis Althusser.*

¿Puede decirnos algo Marx en plena época de la sociedad que declara la *crisis del trabajo*? ¿Es posible recurrir al teórico alemán tras el estrepitoso colapso de los Estados que lo usaban como bandera ideológica? ¿Cómo repensar a un clásico del siglo XIX en el momento del avasallamiento de la condición central de la ciudadanía laboral? ¿Queda algo de su legado tras la desa-

parición del comunismo como fuerza política significativa asociada al movimiento obrero y de la conversión neoliberal de la socialdemocracia clásica?

Ante estas preguntas, no queda más que asumir la situación paradójica en la que la crisis del socialismo histórico, tanto en su vertiente revolucionaria (comunista) como reformista (socialdemócrata) es la que ha permitido la liberación de todo el potencial del marxismo como teoría crítica de la sociedad. Al quebrarse las “verdades” del socialismo, se potencian sus “saberes”<sup>1</sup>. Al acabarse los compromisos con partidos, Estado y otras formas de poder, es que el marxismo aparece como un discurso del contra-poder.

---

<sup>1</sup> Elías Palti, *Verdades y saberes del marxismo* (Buenos Aires: FCE, 2004).

Y es que, ¿cómo no volver a Marx ante el incesantemente proceso de colonización de los mundos de la vida por el “valor que se valoriza”<sup>2</sup>? ¿Cómo no increpar nuevamente los textos clásicos ante el desgarró que produce en las comunidades la actual crisis civilizatoria que privatiza el agua, la salud, la educación y el territorio? ¿Cómo no preguntarse por los fundamentos y condiciones de posibilidad de una forma de producción que lleva hasta sus últimas consecuencias las capacidades de los seres humanos al mismo tiempo que los condena a la miseria? ¿Cómo expresar la situación en donde las capacidades productivas tan potentes que posee la sociedad sólo pueden sostenerse a condición de mantener una situación de *escasez artificial* que condena a la desesperación y la muerte la vida de millones de seres humanos?

Sostenemos que una parte de esos “saberes” que el marxismo proporcionó están contenidos en el conjunto de hipótesis y desarrollos de *El Capital*. Como lo han explicado algunos de los más importantes comentaristas<sup>3</sup>, esta obra tuvo al menos cuatro redacciones. Si bien nos concentraremos centralmente en la última de ellas, particularmente en su tomo primero, no dejare-

mos de hacer referencia a las primeras redacciones, particularmente los manuscritos de 1857 (conocidos como los *Grundrisse*) y a los manuscritos de 61-63 (a cuenta gota tenemos acceso a ellos, en gran medida gracias a esfuerzos muy localizados)<sup>4</sup>. Con todo esto queremos sugerir una posibilidad de lectura productiva de Marx, que nos permita asediar tanto el espesor teórico de los textos, como una preocupación de índole política.

En este texto presentamos una vertiente alternativa a la lectura tradicional del texto, siguiendo la estela abierta por Carlos Fernández Liria y Luis Alegre en su *El orden del capital*. Ello con la finalidad de demarcar una posible lectura productiva en la época de la “crisis de la sociedad del trabajo”, pero también de “crisis del marxismo” en tanto paradigma teórico afianzado en la confianza de un conglomerado social (el proletariado) hoy desarticulado y desfigurado en su identidad. Marx tiene aún mucho que aportarnos, pasada la época de fetichización de su pensamiento por parte del “marxismo-leninismo”.

### Más allá del fordismo

---

<sup>2</sup> Karl Marx, *El Capital: Tomo I* (México: Siglo XXI, 2000), 188.

<sup>3</sup> Vitali Vygotsky, *¿Por qué no envejece El capital de Marx?* (Madrid: Villalar, 1976) y Enrique Dussel, *La producción teórica de Marx* (México: Siglo XXI, 1984).

---

<sup>4</sup> Tenemos ya un par de fragmento traducido al español que es clarificador. Karl Marx, *La tecnología del Capital* (México, Itaca, 2005) y Karl Marx, *Comunidad, nacionalismos y capital: textos inéditos* (Bolivia: Vicepresidencia del Estado Plurinacional-CIS, 2018).

Lo que autores como Fritz Haug o Moïshe Postone han denominado como “marxismo fordista” o “marxismo tradicional”<sup>5</sup> y que también podríamos bautizar como el “marxismo de las fuerzas productiva” (en adelante usaremos indistintamente esta nomenclatura), es sin duda el blanco más recurrente dentro de las evaluaciones críticas. No se piense, sin embargo, que consideramos que esta tradición de pensamiento tergiversó a Marx o lo traicionó. No se trata de una “mala lectura” a la que se le condena desde una supuesta “lectura correcta”. El problema teórico es de más alto calibre, pues el “marxismo tradicional” o “marxismo fordista” respondió a una situación socio histórica que fue marcada a sangre y fuego por el siglo XX. Dicha configuración tuvo como elemento central la idea de progreso, en tanto que mirada complaciente con el afianzamiento de la dimensión técnica en la totalidad de los órdenes de la vida. Para decirlo más claro: el “marxismo tradicional” fue una de las últimas formas que adoptó la ideología del progreso. Así, la operación teórica de esta dimensión socio-histórica, ocurrida en los recovecos de las formulaciones y formalizaciones, consistió en la autonomización de las “fuerzas productivas”, en tanto elemento que brindaba la posibilidad técnica de superación de la forma de organizar la sociedad capitalista.

---

<sup>5</sup> Moïshe Postone, *Tiempo, trabajo y dominación social* (Madrid: Marcial Pons, 2006).

La existencia de esta tendencia tuvo una doble posibilidad de mantenerse y afianzarse de la forma en que lo hizo. La primera de ellas es de orden político y consistió en la reavivación de los ánimos “modernizadores” que el Estado soviético dirigió hacia su sociedad, en donde la técnica se presentaba como el demiurgo del progreso: aquella pretensión llevó a una sociedad mayoritariamente campesina a los meandros de la industrialización acelerada en un tiempo breve y de una forma violenta. El desarrollo técnico y científico, de gran interés de divulgación para la ideología soviética, era la marca distintiva frente a un capitalismo supuestamente decadente y destructivo, condenado a morir presa de sus contradicciones. En el caso soviético, se aspiraba a que la técnica fuera neutral, benéfica para el conjunto de una sociedad que supuestamente habría superado la división de clases.

Pero no bastó ello, existe otra razón del orden de lo teórico y que convoca directamente al nombre de Marx, su puesta bandera del Estado modernizador soviético. Tomado del breve e inusual esquema que Marx aporta en el *Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política* de 1859, en donde se considera que las “fuerzas productivas” (entendemos aquí que esta referencia se concentra en la dimensión técnica de ellas) entrarán, tarde o temprano (es decir, de manera *necesaria*), en contradicción con las relaciones (sociales) de producción, se procedió a

fetichizar y autonomizar dicho elemento. Esto, además, se vio reforzado por importantes segmentos del *Manifiesto Comunista* que en un tono celebratorio destacan las creaciones “revolucionarias” de la burguesía, en donde cualquier vuelta al pasado o intento de conservación de las condiciones no capitalistas fueron calificadas como reaccionarias, al querer detener “la rueda de la historia”<sup>6</sup>. Se trata de los segmentos de Marx más cercanos a una filosofía de la historia, ordenada por una teleología que permitirá pasar de la “pre-historia” a la “verdadera historia”. Quedaba entonces asentada la persistencia de una filosofía de la historia, en tanto devenir necesario que llevaba del atraso al progreso.

En ambas perspectivas —tanto en la razón de Estado soviética como en su codificación en clave de una filosofía de la historia— la cara más visible de su preocupación es la centralidad de las “fuerzas productivas” (insistimos, reducidas a su aspecto técnico)<sup>7</sup>, consideradas como el nuevo demiurgo de la historia. El desarrollo de estas se consideraba benéfico en tanto que posibilita-

ba la ruptura de la camisa de fuerza que eran las relaciones sociales del capital, particularmente lo que correspondía a la apropiación privada del trabajo social. No sólo las relaciones sociales de capital no entraban en crisis, sino que las propias “fuerzas productivas” devinieron en verdaderas “fuerzas destructivas”.

Este tipo de acercamiento celebratorio, fue muy popular a partir de la difusión del “marxismo leninismo” en tanto variante ideología del progreso y cuya difusión se dio a partir de un gran aparato de poder, que encontró recepción en cientos de organizaciones fuera del espacio de su emisión. Las críticas al “marxismo-leninismo” y al marxismo tradicional en su aspecto progresista y etapista se encuentran bien asentadas en nuestro tiempo.

Sin embargo, no se calibró con fuerza el impacto del *efecto teórico* y del *efecto político* que este tipo de lectura legaría. Este tema, complejo sin duda, amerita que dediquemos un par de párrafos. Y es que, ¿acaso bastaba rechazar a nombre de la ciencia los amplios resquicios de una filosofía de la historia engendrada en pasajes populares de la obra de Marx? ¿Esto no nos encerraba en la *cárcel científicista* que apelaba de nuevo a otra forma de teleología? ¿Era pertinente desplazar la centralidad y autonomía de las fuerzas productivas, pero continuar en la prédica del horizonte redentor por parte del proletariado? ¿Qué acaso el desarrollo

<sup>6</sup> Karl Marx, *Antología* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2015), 126.

<sup>7</sup> Existe una teoría de las fuerzas productivas no técnicas en la propia obra de Marx. Escasamente rescatada, ha sido tratada por Jorge Veraza en su *Karl Marx y la técnica, desde la perspectiva de la vida* (México: Itaca, 2012). También René Zavaleta insistió en que Marx la primera fuerza productiva era “la comunidad misma”, destacando ese aporte señalado en los *Grundrisse*.

y fortalecimiento de las fuerzas productivas no tuvo como acompañante la debilidad de esa clase a la que se le adjudicaba ser la “sepulturera” del capital?

En tanto, el más notable *efecto político* fue el del privilegiar a la “clase obrera” como sujeto central del proceso de una esperada revolución, redentora o cumplidora de un papel histórico asignado previamente. Es decir, se calibró que aquel conglomerado social era indistinto, sin profundas diferencias internas y que su lugar en el entramado productivo lo hacía proclive a ser politizado en un sentido definido de manera inmediata. Si bien durante la primera parte del siglo XX el proletariado fue el corazón de las principales rebeliones en la Europa occidental, al desmovilizarse la forma privilegiada en la que se desplegó el capital hasta ese momento, su centralidad fue puesta en cuestión. No está de más decir que en la centuria pasada, las revoluciones triunfantes fueron hechas mayoritariamente en el mundo periférico por campesinos.

El cambio de paradigma mediante el cual se desplegó el capital durante gran parte del siglo XX, trajo consigo una transformación radical del lugar y la centralidad del “mundo del trabajo”. Desplazada la “clase obrera” en su versión industrial, visión prototípica del proletariado<sup>8</sup>, se dio paso a que un

fragmentado conjunto social ocupara espacios de una producción mucho más diversificada y segmentada en tiempo y espacio. Las señas de identidad de este conjunto son más difusas que las de la “clase obrera” y se conjugan con otras lógicas sociales que no son reductibles al mundo productivo.

El *efecto teórico* de aquella insistencia inicial de Marx y heredada por diversas familias en el árbol genealógico del marxismo, fue el desfonde de una certeza anclada en lo más profundo del desarrollo del movimiento social: las revoluciones no estaban siendo realizadas por los sectores que tenían mayor contacto con las “fuerzas productivas”. Este nivel, el teórico, sin duda tiene que enfrentarse a una realidad que se impone con fuerza: no hay demiurgo de la historia, no hay redención final, ni “sujeto de la historia”. Los intentos de reavivar esta discusión del “sujeto de la revolución”, sobre la base de las nuevas “configuraciones del trabajo”, insisten en que la “clase obre-

---

figura tan definida, al menos en los primeros textos. Los proletarios aparecen más bien como parte de una reflexión de tipo filosófico, que expresa al conjunto de los oprimidos de manera indistinta. Más adelante la figura del proletariado y la de la clase obrera se confunden, quedando atrapadas ambas en una versión productivista. Por el contrario, la historia de “las clases subalternas” (como las nombró Antonio Gramsci) en el siglo XX muestra que el proletariado, es decir, la versión fabril de aquel sujeto profundizó sus divisiones entre ramas de producción, situaciones salariales y preparación técnica.

---

<sup>8</sup> No eludimos que existe una discusión en torno al término proletariado y clase obrera. En la época de Marx el proletariado no tenía una

ra” sigue siendo el conglomerado central, asumiendo que sólo hubo un cambio de fisonomía. Es decir, a pesar de los cambios significativos, se mantiene el teatro de las operaciones en donde se sigue pensando que un sector parcial de la economía deviene inmediatamente en el representante de un interés general en la política, sin observarse los procesos concretos de politización.

Nuestra intención es asediar un conjunto de planteamientos de un talante más general a partir de una obra que se animó a desmovilizar verdades consabidas y elementos antes considerados como centrales. La renuncia de las certezas tiene un elemento que fue destacado por el filósofo Louis Althusser: pensar sin garantías, ya sean las del sujeto trascendental, las del método especulativo o las de la teleología. Partimos de su aporte para desarrollar parte del argumento.

### **Althusser: elementos para pensar a Marx**

El filósofo galo se interrogó en un momento de quiebre histórico sobre la posibilidad de transformar las coordenadas teórico-políticas del marxismo de su época, en donde predispuso una batalla contra el humanismo, pero también contra el hegelianismo; es decir, en oposición a quienes buscaban la renovación por la vía de restablecer las coordenadas del pasado. El énfasis estaba en la disposición de la obra de

Marx de una forma distinta hasta la entonces dominante. Ello supuso deshacerse de los conceptos de inversión (de la dialéctica) y de continuidad sin ruptura (lo que orilló a usar las equívocas expresiones de “joven” y “maduro”). Atrapado en un lenguaje “estructuralista”, algunos no lograron ver el avance que expresaba su obra y lo condenaron a un “purismo teórico”<sup>9</sup> o un supuesto anulamiento de la agencia del sujeto.

El conjunto de la obra de Althusser tiene distintos matices y periodos, queremos concentrarnos aquí en lo que respecta al tratamiento de la obra de Marx. En el caso de Althusser es más claro el proceso de auto crítica y corrección que lo llevó a dejar de lado la diferencia entre las nomenclaturas de “joven” y “maduro” como formas de distinción al interior de la obra marxista. También a relativizar el abandono del “idealismo” por parte del alemán, así como a la búsqueda de una nueva genealogía para el marxismo, más allá de las filosofías de la historia y de la conciencia.

Es sobre esta perspectiva que queremos insistir. Si bien el efecto de la irrupción de la obra del francés fue múltiple, para el caso que nos ocupa, queremos detenernos en el emplazamiento que Althusser hace en sus últimos escritos. En ellos sugiere una for-

---

<sup>9</sup> Bolívar Echeverría, *El discurso crítico de Marx* (México: FCE, 2017), 248.

ma de abordar la obra de Marx que se alejó de la nomenclatura que asociaba los problemas teóricos a una situación de edad o desarrollo cerebral. Así, en estos trabajos (particularmente en *Ser marxista en filosofía*), el francés alude a que el discurso marxista está atravesado por dos posiciones o tendencias: la materialista y la idealista. La *tendencia o posición idealista* es aquella que circula el discurso a partir de problemáticas cercanas a la filosofía de la historia y la concepción especulativa del conocimiento, sobre todo en la dimensión que destaca la existencia de una garantía última del saber (el sujeto soberano, autoconsciente, garantía de la verdad). En la *tendencia idealista* el devenir de la historia se cumple de manera teleológica, proceso racionalizado a partir de una teoría del conocimiento especulativa que se emplaza a partir de la garantía de un sujeto soberano que es autoconsciente. Dicho sujeto sería la garantía última, tanto del conocimiento como del devenir y realización de la historia. En el marxismo del corte aludido anteriormente, es el proletariado que en el proceso de la autoconciencia despliega los elementos necesarios para desarrollar la historia de manera “plena”.

En cambio, en Althusser, la *tendencia o posición materialista* es aquella en la que se despeja la supuesta soberanía del sujeto y se ancla en una concepción de la historia en la que lo que prima es la ruptura y la contingencia, por

sobre el orden y la necesidad. La *tendencia materialista* apuesta a pensar sin garantías y ancla la discusión política no en la teleología, sino en las prácticas específicas de una sociedad determinada. Frente al gran relato sobre el curso y razón de la historia, Althusser opone la incompletud y contingencia de las *coyunturas*. La temporalidad para la *intervención* política no es la “Historia” con H mayúscula, sino lo específico de cada presente, en donde se juega la conjunción entre elementos necesarios y contingentes.

Así, volviendo a lo que nos interesa, Althusser desecha la vieja noción del “joven Marx” y el “Marx maduro”, para concentrarse en la necesidad de trabajar los textos a partir del funcionamiento y operación de estas dos tendencias. Cabe destacar que en su propuesta, el materialismo no vence al idealismo, como en el *raund sombra* que colmó gran parte de la narrativa marxista, sino que, entendidas como tendencias o posiciones, ambas conviven, se cruzan, pugnan continuamente y son parte del conjunto de textos del propio Marx. Idealismo y materialismo así comprendidas no son dos trenes que chocan, descarrilando uno al otro, sino dos vagones de una misma teorización, que no se pueden separar el uno del otro y sobre los cuales el pasajero Marx transita constantemente.

Adscribimos a esta noción cuando sugerimos hacer una lectura de tipo materialista de *El Capital*. Por *lectura*



*materialista* debe entenderse la conjunción entre lo necesario y lo contingente, es decir, aprender los ritmos y dinámicas de los distintos momentos singulares, que sin renunciar a la categoría del “todo complejo y estructurado” mantienen su autonomía. La lectura materialista no sigue la forma idealista de “sucesión y simultaneidad”<sup>10</sup>; sino que apuesta por una lectura siempre a partir de una coyuntura, es decir, bajo coordenadas específicas, nunca dispuestas a priori. Debe tomarse en cuenta que tampoco se hace hincapié en una lectura de “rupturas”, sino que más bien se apuesta por la doblez y el pliegue<sup>11</sup>.

El resultado de este tipo de lectura tuvo altos costos para el propio Althusser. Se trataba no sólo de la renuncia a entender *El Capital* como el lugar en donde “el concepto se hace al fin visible a cielo descubierto, presente en persona entre nosotros, tangible en su existencia sensible”<sup>12</sup>, sino que también se trataba de proponer una forma distinta, productiva y anclada en la relación entre historia y coyuntura. El costo a pagar es muy alto, pues implica renunciar a toda forma de dialéctica (que

no sería otra cosa que la exposición de la sucesión y la simultaneidad), pero además reconocer que en Marx mismo resonaba siempre la predisposición hegelianizante, la cual en su poderosa prosa convence y somete cualquier otra alternativa del pensar. Así, el francés reconocía que en la profundidad de la escritura de Marx ésta se encontraba comprometida con el idealismo<sup>13</sup>, por ello había que emplazar una forma distinta de pensar la filosofía y otra lectura de ella.

Althusser intentó abrir un boquete en el muro levantado laboriosamente por la vertiente hegeliana del marxismo, perceptible de manera inequívoca en la escritura de *El Capital*, pero a partir de un proceso de lectura distinta. Ello lo obligó a reconocer la existencia de un “Marx dentro de sus límites” y a cuestionar la unidad de *El Capital*. La gran paradoja de la empresa althusseriana, es que ella optaba en producir una lectura materialista de un texto cuya escritura se expresaba en clave idealista. Para decirlo de otra manera, se daba la paradoja que el proyecto de

<sup>10</sup> Vittorio Morfino, *El materialismo de Althusser* (Santiago de Chile: Palinodia, 2014), 111.

<sup>11</sup> Bruno Bosteels, “La hipótesis izquierdista: el comunismo en la era del terror”, en Hounie Analía (comp.) *Sobre la idea del comunismo* (Buenos Aires: Paidós, 2010), 61.

<sup>12</sup> Louis Althusser, *Para leer El Capital* (México: Siglo XXI, 1969), 21.

<sup>13</sup> En *Marx dentro de sus límites*, Althusser acepta que Marx estuvo “prendido” siempre del idealismo. Es pertinente aclarar que “materialismo” e “idealismo” son para el Althusser de la época, posiciones que se despliegan en el seno de la teoría. Es decir, la producción teórica vive en su interior el desgarramiento entre una u otra; no son absolutas, sino que están en pugna, conviviendo y sometiéndose la una a la otra, según la coyuntura.

investigación materialista se escribía de forma idealista. Y es justo en ese flanco que *El Capital* es cuestionado:

Por muy impresionante que sea, la unidad de la exposición de *El Capital* nos ha parecido entonces como lo que es: ficticia. Pero, ¿por qué esta unidad ficticia? Porque Marx se creía obligado, como buen “semi-hegeliano”, es decir, como el hegeliano “invertido” en materialista que era, a afrontar en una disciplina de carácter científico la cuestión puramente filosófica del comienzo. [...] No es un azar que Marx haya reescrito una buena docena de veces la sección I de *El Capital* (...) <sup>14</sup>

Este *dictum* sigue resonando y causando numerosas consecuencias, pero es insuficiente. Fue el entonces discípulo de Althusser, Gabriel Albiac, el que dio un contenido mucho más claro y que nos interesa destacar:

Si en *El Capital* son puestos en funcionamiento estudios económicos y estudios históricos la unidad aparente del libro (de *El Capital* o de otro) no debe ocultarse un ápice un carácter artificioso: el libro no es (no puede ser) nunca entidad unitaria, indiferenciada o sincrética, referida a un objeto, sino constelación de discursos heterogéneos que en él se entrecruzan como en un polo de interferencias, discursos dotados de

objetos necesariamente autónomos y aun discordantes cuya apariencia de unidad es sólo dada por la situación de dominancia en que uno de ellos es situado como articulador de la trama. <sup>15</sup>

A partir de aquí es posible entonces demarcar la potencia de lectura de *El Capital* propuesta por Althusser, pero para trascenderla.

### Modelo para amar y desarmar

No basta con aceptar la multiplicidad de lógicas que atraviesan el texto de *El Capital*, es decir, cuestionar la unidad y univocidad del texto. Althusser logró comprender dicha situación cuando en su *Crítica previa a la lectura de El Capital* llamó la atención de la necesidad de reordenar el texto de Marx, a partir de determinadas situaciones. En esa intervención, el francés demandaba pensar teóricamente el texto, es decir, encontrar los puntos problemáticos de sus articulaciones, así como los efectos de distintas formas de aproximación. Así, procedía a (des)armar la lectura supuestamente unitaria, lineal y transparente del texto. Ello implicaba partir desde indicaciones distintas a las tradicionales, lo que incluía sobre todo suspender en un principio la lectura de la sección primera. El comienzo de la lectura materialista —según Althusser— demandaba

<sup>14</sup> Louis Althusser, *Marx dentro de sus límites* (Madrid: Akal, 2003), 55.

<sup>15</sup> Gabriel Albiac, *Al margen de “El Capital”* (Madrid: Cupsa, 1977), 29.

comenzar por la sección segunda, es decir que el arranque fuera no en el “origen” o “génesis” del valor, sino el proceso de transformación del dinero en capital y así seguir avanzando con el resto de las secciones. Althusser no “recomendaba” omitir la lectura de la sección primera, sino volver a ella hacia al final.

Este razonamiento no deja de ser importante, es un problema teórico de primera importancia. De tal forma el problema no se localizaba en el “origen” de la endeble situación de los trabajadores (como antes había sido la *enajenación*, en tanto que robo del paraíso perdido), sino en la elección del comienzo para iniciar la crítica.

Así, *El Capital* debe ser dislocado no sólo en su unidad ficticia, sino que corresponde a la *lectura materialista* rearmar el orden que nos permita producir sentido a partir de él. El orden no es estable, los pliegues y dobleces necesarios se muestran a partir del prisma de la coyuntura, así como la suspensión de determinadas áreas o momentos, pues no puede seguirse una ruta trazada de forma a priori. El mérito de Althusser es alertarnos de la ingenuidad de la lectura indistinta o que suponía una linealidad permanente: *leer* es un problema de reflexión teórica, con implicaciones y efectos en lo político.

La selección del ordenamiento no se encuentra en función de que alguna sea considerada más o menos importante, más rigurosa o más hegeliana, sino

por el *efecto teórico y político* que ellas producen en el momento de la relectura del texto clásico.

### **Lógicas del capital y lógicas en *El Capital***

Si no hay una sola “Historia” y por tanto se anula un despliegue teleológico al cual aferrarse, tampoco existen la “lógica de la Historia” o la “lógica del capital” (lo que en el marxismo fordista era la determinación de la economía, en “última instancia” sobre el resto de los planos de lo social). No hay, entonces, posibilidad de que la multiplicidad de lógicas (dimensiones tendenciales siempre chocando con sus contratendencias) se unifique en una totalidad indistinta. La diversidad, la pluralidad y la diferencia como motivos nunca contenidos por esa totalidad plana y homogénea.

Existen, en cambio, tendencias, lógicas dispares encontradas, no identificables con el todo, coetáneas o en estado de suspensión. Es este uno de los legados de Althusser cuando se refiere a la unidad ficticia de *El Capital*: el propio capital en tanto relación social no refiere a un sentido único y, por tanto, es posible intervenir a partir de coyunturas específicas, en segmentos no determinados plenamente por la totalidad. A partir de estos elementos queremos señalar lo que nos parece son tres grandes “lógicas en *El Capital*”. Estas nos parecen relevantes porque

explican en gran medida la importancia de Marx para nuestros días, pero también resaltan una tendencia que es fundamental para los combates contemporáneos. Expondremos a continuación dos de ellas que han resultado, desde nuestro punto de vista, cruciales; y en el siguiente apartado la que consideramos la “lógica” más importante para pensar la coyuntura actual.

1) Lógica de la equivalencia. El Marx de los *Grundrisse* es muy útil para entender el sentido práctico-político y los efectos de poder que supone la emergencia del “equivalente general” y no sólo la (evidente) resonancia hegeliana de esta temática, tan destacada en gran parte de la literatura contemporánea. Durante mucho tiempo la sección primera de *El Capital*, ese tratado “político-literario” (como lo calificó Bolívar Echeverría), fue degradado a una supuesta condición de preludio cuasi-capitalista, como en la lectura legada por Federico Engels. En cambio, desde nuestra perspectiva, la lógica de la equivalencia permite entender la ambivalencia y la ambigüedad de la época moderna. Por un lado, su razón destructiva y fetichizante; por el otro, su formidable proposición sobre la conquista de la igualdad. No se trata del preludio “lógico”, ni del antecedente “histórico”, sino del resultado de una batalla emprendida en la sociedad moderna.

Como señalamos, en los *Grundrisse*, particularmente en el capítulo sobre el dinero, Marx se exhibe sobre las con-

secuencias de la aparición de este último, siendo la más importante de ellas la del colapso de cualquier forma de comunidad que no esté mediada por él: de aquí la importancia de leer ese capítulo de los manuscritos del 57 con el capítulo primero de *El Capital*, el más trabajado por su autor. Al señalar esta situación con respecto a la comunidad, Marx hace un recuento explícito de lo que esto ha significado para las formas tradicionales en las que existía el proceso de producción y consumo. El radical desgarramiento es lo que permitirá, a la larga, la aparición del capital como dueño de la tierra. Marx, en cambio, no se lamenta como los antiguos la pérdida de este elemento, sino que apunta su significado en tanto proceso civilizatorio. Éste no puede ser entendido sólo como desgarramiento o dominio del dinero en tanto nuevo fetiche, que otorga poder a los individuos a partir de lo que contiene su bolsillo; es decir, que vuelve los asuntos del poder relaciones entre cosas. Marx apela a que estas relaciones vuelvan a ser un motivo de los seres humanos, arrebatándole al dinero y a los objetos la cualidad política que se les ha otorgado.

Ello se expresa en gran medida en la sección primera de *El Capital*. Lo que ahí podemos leer no es sólo la nueva condición de la sociedad, compuesta mayoritariamente por “propietarios privados”, aislados y desconectados, sino también el principal efecto del proceso civilizatorio: la aparición del término de igualdad y la destrucción

productiva de esta. La capacidad de igualación de trabajos distintos es el elemento que potencializa a grados inimaginables la producción, siendo el despliegue de las luchas en la historia un incesante reclamo por ampliar la libertad. El énfasis colocado a este elemento se debe a una razón tan sencilla como profunda: se trata de la posibilidad de la igualdad entre los seres humanos que intercambian de manera universal. Si bien este proceso es capturado por una forma de racionalización que obliga a la medición como criterio de vida (literalmente, el mercado es el lugar donde los productores se juegan su supervivencia), ello no omite la igualdad como un criterio. Quien se dio cuenta de esta situación fue el gran lector latinoamericano de *El Capital*, René Zavaleta:

Que el hombre libre sea el requisito de la supeditación real es ya bastante decisivo. Es algo, no obstante, que no obtendrá su verdadera elocuencia sino cuando se resuelva que tampoco la propia subsunción real es posible sin el *sine qua non* que es el hombre libre. Es por tal concepto que puede escribirse que la fuerza productiva primaria de este momento de la civilización que es el capitalismo es el hombre libre. Es una inferencia infalible hacia el espacio de lo colectivo: el hecho mismo de la libertad, como una compulsión misteriosa y antes desconocida, es una referencia al otro. En consecuencia, no se es libre sino entre hombres li-

bres y, en último término, uno sólo es relativamente libre si la libertad no es un hecho que comprende a todos los hombres del escenario al que uno refiere su existencia.<sup>16</sup>

Con los *Grundrisse* y el capítulo primero de *El Capital*, tenemos una teoría de la igualdad en la época moderna, capturada por la dinámica abstracta de la medición del tiempo. Esta sección (la primera) rebasa, por mucho, los estrechos límites pre-históricos o *metodologicistas* (la deuda cierta con las categorías hegelianas) y lo coloca como sugiere Echeverría, como un tratado “político-literario” en el cual se condensan las grandes potencialidades y ambigüedades de nuestra época. En dicha lógica se moviliza tanto la potencialidad de la igualdad, como su aniquilamiento productivo: se trata del esbozo más potente de una teoría del proceso de subjetivación.

2) Lógica de subsunción (o lógica de la fábrica): no cabe duda que durante la primera mitad del siglo XX, al menos en Occidente, la figura de la fábrica se convirtió en el espacio asociado a la producción capitalista. Las representaciones de las ciudades humeantes, de las masas de trabajadores agolpadas a las puertas de las fábricas, de los overoles de mezclilla (después artículo de consumo popular),

---

<sup>16</sup> René Zavaleta, *Obra completa: tomo II* (La Paz: Plural, 2013), 514.

marcaron muchas de las imágenes que tenemos de la época histórica reciente. Los jóvenes del 68, radicalizados por distintas vías (algunos trotskistas, otros maoístas) fueron a las puertas de las fábricas a la espera del sujeto redentor; algunos otros como Robert Linhart incursionaron en la difícil práctica de la proletarianización. En su momento Benjamin Coriat contribuyó a entender su tiempo a partir de la descripción del problema del cronómetro. Nació así, la *sociología del trabajo*, ya como campo de crítica, ya como campo de comprensión de las vías de alentar la productividad. En cualquier caso, se impuso un sentido común: la fábrica es el espacio por antonomasia, no hay capital y no hay anticapitalismo sin las —sucias y lúgubres— cuatro paredes de su existencia.

3) Ello debe ser entendido como un proceso de concentración temporal y de lenta dislocación de las formas tradicionales o no capitalistas de producción. Se trata de la lógica de la subsunción formal y real del proceso de trabajo. Marx se explaya en el teatro de operaciones de esta lógica en los capítulos correspondientes a la sección cuarta, titulado: “Cooperación”, “División del Trabajo y Manufactura” y “Maquinaria y Gran Industria”. Junto a ellos es preciso señalar también la importancia capital del denominado “Capítulo VI inédito”, así como los segmentos traducidos tanto por Bolívar Echeverría como por la Vicepresidencia de Bolivia de los manuscritos de 61-63. En este

conjunto de textos es en donde encontramos quizá con mayor potencia el “saber” marxista con respecto a las implicaciones de la técnica en su dominio del cuerpo societal. Se trata de leer este elemento como una lógica que convive, atraviesa y marca a la totalidad de la sociedad y no una lógica exclusivamente perteneciente al mundo fabril. El proceso de subordinación formal y real implica un reordenamiento corporal, técnico y mental, que entrelaza al proceso de trabajo con los instrumentos técnicos, que se desplazan por el cuerpo social. Estas secciones de *El Capital* y textos aledaños se nos muestran como más potentes en la medida en que los comprendamos situados fuera de la fábrica y los ubiquemos en el cuerpo todo de la sociedad. Particularmente los manuscritos de 61-63 destacan el proceso de automatización, que comienzan en el taller y en la fábrica, pero que el día de hoy atraviesan a grandes núcleos de la convivencia social, de las relaciones inmediatas y de la vivencia en la cotidianidad. Estos segmentos de los textos de Marx nos muestran la potencialidad de la dimensión técnica de la sociedad del capital y la capacidad de torcer el proceso de trabajo en su beneficio: la cooperación, por ejemplo, es apropiada plenamente y llevada a planos inimaginables. Pero también lo es la creatividad y la innovación, que devienen a la postre en el inicio de un profundo proceso de automatización. Todo ello, recordemos, no de manera inocente o imparcial, sino

organizada con la finalidad de aumentar la producción de plusvalor. Con la subsunción real, el capital deja de apropiarse del saber obrero y la subjetividad pre-existente para pasar a crearlas.

Así, la “lógica de la subsunción” es en gran medida una teoría de la aceleración del tiempo histórico, comprendido este como tiempo de la producción. Dicha teorización sobre el tiempo descansa sobre la capacidad de la subordinación de los elementos no capitalistas (subsunción formal) y de la transformación organizativa y de contenido de la técnica, hasta llegar a los altos grados de automatización, que expulsan trabajo vivo y socavan la soberanía de los productores. Técnica y tiempo quedan anudadas a partir de este momento como dos condiciones del capital de nuestros días, rebasando las paredes de la fábrica e instalándose en el corazón mismo de la sociedad.

### **Una teoría de la dominación**

*El Capital* de Marx es una herramienta de comprensión de la realidad que impone a múltiples y abigarrados conjuntos sociales el horizonte de la explotación. Sin embargo, no sólo ella queda asentada en su discursividad como horizonte regulador de la vida social a partir del aniquilamiento productivo de la igualdad de los seres humanos y la posibilidad de la extracción o producción del plusvalor. Pues existe un momento previo y coetáneo a este,

que es lo que podemos denominar una *teoría de la lógica de la dominación moderna*. Ella se asienta en el reconocimiento que la sociedad es una comunidad disgregada y atomizada de propietarios privados que sólo mediante el intercambio en el mercado logran socializar. Esto, que queda bien claro a partir de la sección primera de *El Capital*, es muy relevante, pero insuficiente. Conviene plantear alternativas para profundizar en la forma de la dominación. Siguiendo la estela de Althusser queremos sugerir una lectura de *El Capital* a partir de elementos que salen de los marcos de su abordaje tradicional.

Sugerimos que existen dos conceptos claves para comprender tanto la dinámica de expansión del capital, como de su resistencia. Elementos que de hecho se encuentran *en estado práctico* en el conflicto que desgarr a sociedades y comunidades, las cuales, intuitivamente o por necesidad, resisten al dominio del capital: despojo y autonomía.

Estos conceptos se juegan en gran medida en la comprensión teórica del capítulo XXIV de *El Capital*. Es este el segmento de la obra de Marx que nos parece el más radical e importante, entre otras razones porque puede encontrarse la *causa ausente* de las distintas variantes históricas. Ello por varias razones: la cabalidad de comprensión de un proceso global, que no queda atado a las estrechas fronteras europeas

y su comprensión de la causa ausente de la reproducción de las relaciones sociales.

El capítulo XXIV de *El Capital* es la más clara muestra de un texto confundido como una argumentación histórica, suma de datos dispersos de distintos segmentos; pero que en el fondo otorga las herramientas para desentrañar la dificultad de dislocar la forma capitalista de producción. Con su contundente pluma, Zavaleta Mercado señalaba la importancia de este aspecto:

Hay que oponerse de nuevo: la fuerza productiva de una sociedad está dada por las relaciones de producción. Las llamadas fuerzas productivas reales (métodos, medios, instrumentos, objetos de trabajo) no son sino una consecuencia: en el fondo, el acero es el resultado de la separación entre el productor y los medios de producción. La clave de todas las fuerzas productivas es siempre el hombre en relación con el hombre para producir su vida, es decir, la relación productiva.<sup>17</sup>

El problema central de los conceptos de despojo y autonomía se encuentran en la “narrativa histórica” sobre el proceso de desprendimiento entre el productor y sus medios de trabajo. Este capítulo, reducido con facilidad a un “corolario histórico”, guarda en su exposición la más radical crítica de la lógica articuladora del capital. El capí-

tulo XXIV no sólo no es una “demostración histórica”, sino que además contiene el andamiaje conceptual para entender la potencia y debilidad del capital mismo.

La lógica del despojo o desprendimiento es el punto arquimédico sobre el cual descansa la posibilidad tanto del surgimiento y potencia del equivalente general (y con ello, de la aniquilación productiva de la igualdad) sino también de la lógica de la subsunción. Es la lógica del despojo la que permite entender no sólo el surgimiento y generalización de la propiedad privada sobre los medios de producción, sino además del elemento clave para la reproducción del capital: la separación o desprendimiento del productor con respecto a sus medios de trabajo.

La clave de la autonomía, entendida esta como la posibilidad de autodeterminación de las comunidades y los productores, va en relación directa con este elemento. Sin los elementos teóricos señalados en ese capítulo, no es posible acceder a una comprensión más amplia y radical del sentido del dominio del capital. Este capítulo ofrece una teoría de la dominación moderna: ella descansa en arrebatar la soberanía del productor sobre sus medios de vida. Sin este elemento no existe ni la necesidad de universalización del intercambio ni tampoco extracción de plusvalor.

La lógica de la sociedad otorgada por Marx brinda también la herramienta para problematizar el surgimiento y desarrollo del capital. En el surgimien-

<sup>17</sup> *Ibid.*, 435.



to, nos percatamos que la “ilustración histórica” sucede, de hecho, a lo largo y ancho del mundo. Lo que sucedió en Inglaterra sirve sólo como ejemplificación de lo que antes ya había sucedido o de lo que acontecerá a lo largo del mundo. En cuanto al desarrollo, permite entender cómo el aumento de la productividad del trabajo, la automatización y en general el desarrollo técnico, operan como potencializadoras de la aniquilación de la soberanía del productor.

Este capítulo es, desde nuestro punto de vista, el más potente y la pieza clave que ordena el sentido del conjunto de la obra. Destaca la lógica más difícil de vencer dentro de la historia del capital y coloca el punto en la espina dorsal, en el corazón mismo de la producción y reproducción de la totalidad.

### **Causa y efecto**

La importancia de Marx, de *El Capital* y de las múltiples familias marxistas, se encuentra más allá de momentos pasajeros. Su radicalidad teórica descansa sobre preguntar el por qué de las estructuras que ordenan y jerarquizan nuestro mundo, su cotidianidad y los elementos que lo conforman. En el lenguaje de Althusser, podemos decir que se coloca el acento en lo que estructura al mundo, en la *causa ausente* que se reproduce interminablemente, sin estar presente.

El *efecto* de ellas es lo central, pues ahí se encuentra el secreto de las modificaciones históricas y al mismo tiempo de la persistencia de un conjunto de lógicas. Pensar la transformación de las formas del trabajo, su paso del artesano a la industria, por ejemplo, sirve en la medida en que somos capaces de captar lo que da sentido a dichos cambios, es decir, lo que los estructura. Hoy sabemos que el capital no solo vive de fábricas humeantes, también lo hizo y lo hace, de la piratería (clásica o moderna), del capital criminal (que destila alcohol o produce anfetaminas), del capital ficticio (que en el 2008 volvió a hacer de las suyas), y de formas abiertas de esclavitud. Todas estas son efectos de una causa, que hemos señalado a partir de la última dimensión: el proceso de separación del productor con sus medios de producción, de la ruptura de las comunidades que permiten el control sobre estos últimos.

Así, las múltiples diferencias y especificidades que se viven en el presente deben ser matizadas, estudiadas a profundidad, comprendidas en sus múltiples dimensiones. Sin embargo, también deben ser colocadas como efecto y no como causa: la fábrica no es el capital, como no lo es la banca, como no lo es la forma salarial: todos ellos son momentos singulares de una relación universal. Pluralizar estas formas nos permitirá ver las articulaciones y los quiebres posibles. El capital de nuestros días es un conglomerado abigarrado

do de fábricas a lo largo del mundo, articulado a un poderoso capital financiero, pero también un conjunto de formas de trabajo precarizadas (salariales o no); es la opulencia, el despilfarro y el derroche a un lado de la pobreza, la miseria y el hambre. La unidad de cuestiones tan diversas sólo puede ser comprendida si todas ellas son captadas como efectos de una causa.

Y entonces vale la pena preguntarse: ¿Qué causa ausente es esa? La respuesta de Marx en *El Capital* es la: “separación” o “expropiación”, como elementos claves, sin los cuales no hay reproducción de los múltiples efectos. La intervención sobre las otras formas —las formas diversas del trabajo— son modificaciones sobre efectos pasajeros, pero reales y actuantes. La paradoja de la práctica política es que sólo se interviene en *coyuntura* (es decir, sobre efectos concretos), pero la causa sigue inalterable.

Dar estos pasos no es sencillo. El marxismo es una teoría o un saber, sobre la sociedad moderna. Pero su potencial se encuentra en encontrar la articulación entre esa causa y los múltiples efectos y no sólo en arriesgar la importancia de uno de ellos (la clase obrera industrial, por ejemplo). Con todas sus limitaciones, Althusser llamó

la atención de esta situación, y si bien no profundizó más en ella, legó herramientas para pensar la obra de Marx en una clave distinta a la ideología del progreso y la filosofía de la historia.

En el curso de este texto hemos recuperado, tal como lo entendemos, ese aporte del francés a propósito del pensar sin garantías. Hemos sugerido que en *El Capital* se pueden observar un conjunto de lógicas discursivas que expresan de hecho las lógicas del capital. Ante ello insistimos que el “secreto” o causa ausente debe localizarse en el capítulo XXIV, pues es a partir de su existencia que el resto de las relaciones se reproducen de forma aparentemente interminable. De alguna manera se trata de situarnos en una paradoja en la cual tenemos que intervenir en la coyuntura a riesgo de pensar estratégicamente en la totalidad. Para decirlo en el lenguaje, no podemos apuntalar a la causa sino es a través de sus efectos, pero quedar encerrado en ellos, nos conduce a un desfase histórico. Totalidad y coyuntura o causa ausente y efecto, son términos (como antes táctica y estrategia), deben ser pensados sin garantía alguna. Con ello no hacemos sino situar a Marx en la historia, en nuestro tiempo y sus acontecimientos.

## Bibliografía

- Aguayo Claudio. “El porvenir de El Capital”. *Actual Marx: Intervenciones*, 21.  
 Albiac Gabriel. *Al margen de “El Capital”*. Madrid: Cupsa, 1977.  
 Althusser Louis. *Para leer El Capital*. México: Siglo XXI, 1969.

- Althusser Louis. *Marx dentro de sus límites*. Madrid: Akal, 2003.
- Boito, Armando. “Emancipación y revolución: crítica a la lectura lukacsiana del joven Marx”. *Demarcaciones*, 2014: 32-43.
- Bosteels, Bruno. “La hipótesis izquierdista: el comunismo en la era del terror”. En Hounie Analía (comp.), *Sobre la idea del comunismo*. Buenos Aires: Paidós, 2010.
- Dussel, Enrique. *La producción teórica de Marx*. México: Siglo XXI, 1984.
- Echeverría Bolívar. *El discurso crítico de Marx*. México: Fce, 2017.
- Marx, Karl. *El Capital: Tomo I*. México: Siglo XXI, 2000.
- \_\_\_\_\_. *La tecnología del Capital*. México, Itaca, 2005.
- \_\_\_\_\_. *Antología*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2015.
- \_\_\_\_\_. *Comunidad, nacionalismos y capital: textos inéditos*. Bolivia: Vicepresidencia del Estado Plurinacional-CIS, 2018.
- Morfinio Vittorio. *El materialismo de Althusser*. Santiago de Chile: Palinodia, 2014.
- Palti, Elías. *Verdades y saberes del marxismo*. Buenos Aires: FCE, 2004.
- Postone Moishe. *Tiempo, trabajo y dominación social*. Madrid: Marcial Pons, 2006.
- Veraza Jorge. *Karl Marx y la técnica, desde la perspectiva de la vida*. México: Itaca, 2012.
- Vygotsky, Vitali. *¿Por qué no envejece El capital de Marx?*. Madrid: Villalar, 1976
- Zavaleta René. *Obra completa: tomo II*. La Paz: Plural, 2013.